

## III

No hubo escritor con más dotes que Thackeray para ese género de sátira, y es que para ese género de sátira no hay facultad más á propósito que la reflexión. La reflexión es la atención concentrada, y la atención concentrada centuplica la fuerza y la duración de las emociones. El que se absorbe en la contemplación del vicio siente odio por el vicio, y la intensidad de su odio tiene por medida la intensidad de su contemplación. La cólera, en el primer momento, es un vino generoso que embriaga y exalta; conservada y encerrada, tórnase en licor que quema todo lo que toca y corroe hasta el vaso que la contiene. Thackeray es el más tétrico de todos los satíricos, después de Swift. Sus mismos compatriotas (1) le han censurado por pintar la sociedad más fea de lo que es. Sus sentimientos comunes son la indignación, el dolor, el desdén, el disgusto. Cuando se aparta de ellos é imagina almas afectuosas, exagera la sensibilidad de esas almas para hacer más odiosa su opresión; el egoísmo que las tortura parece horrible, y su dulce resignación es un ultraje mortal contra sus tiranos: el mismo odio ha calculado la bondad de las víctimas y la dureza de los perseguidores (2).

(1) En la *Revista de Edimburgo*.

(2) Papel de Amelia en la *Feria de las vanidades*.—Papel del coronel Newcome en *Los Newcomes*.

Esa cólera, exasperada por la reflexión, se halla además armada por la reflexión. Se ve que Thackeray no se arrebata por una indignación ó una piedad pasajeras. Se domina antes de hablar. Ha pesado varias veces la bribonada que va á describir. Conoce sus motivos, su especie, sus consecuencias, como un naturalista sus clasificaciones. Está seguro de su juicio, y lo ha madurado. Castiga como hombre convencido, que tiene sobre la mesa un legajo de pruebas, que no afirma nada sin un documento ó un razonamiento, que ha previsto todas las objeciones y refutado todas las excusas, que no perdonará jamás, que tiene razón para ser inflexible, que tiene conciencia de su justificación y que apoya su sentencia y su venganza con todas las fuerzas de la meditación y de la equidad. El efecto de ese odio justificado y contenido es abrumador. Cuando se acaba de leer las novelas de Balzac, se experimenta el placer de un naturalista paseando por un museo al través de una hermosa colección de ejemplares y de monstruos. Cuando se acaba de leer á Thackeray, se experimenta el sobrecogimiento de la persona profana á quien ponen delante del colchón del anfiteatro el día en que se cauteriza ó se hacen las amputaciones.

En semejante caso, el arma más natural es la ironía seria, porque atestigua un odio reflexivo: el que la usa suprime su primer movimiento; finge hablar contra sí mismo, y se domina hasta ponerse de parte del adversario. Esa actitud penosa y deliberada es signo de excesivo desprecio; la protección aparente que se otorga al enemigo es el peor de los insultos. Parece que se le dice: «Me da vergüenza atacarte; eres tan débil, que, aun con apoyo, caes; tus razones son tu oprobio y tus disculpas tu condena.» Así, cuanto más

grave es la ironía, más fuerza tiene; cuanto más empeño se pone en defender al enemigo, más se le envilece; cuanto más se aparenta ayudarle, más se le aplasta. Por eso es tan terrible el sarcasmo serio de Swift: se cree que agasaja, y mata; su aprobación es una flagelación. Thackeray es el primero de sus discípulos. Varios capítulos del *Libro de los Snobs* (1)—por ejemplo: el de los *snobs* literarios—son dignos de *Gulliver*. El autor acaba de pasar revista á todos los *snobs* de Inglaterra: ¿qué va á decir de sus hermanos los *snobs* literarios? ¿Se atreverá á hablar de ellos? Seguramente. Querido y buen lector, ¿no sabes que Bruto mandó cortar la cabeza á sus propios hijos? Mala opinión tendrías de la literatura moderna y de los modernos literatos si creyese que uno solo de nosotros vacilaría en hundir un puñal en el cuerpo de su colega, caso de necesidad pública.

«Pero el hecho es que en la profesión de literato no hay *snobs*. Recorred con la vista toda la asamblea de los escritores ingleses, y os desafío á que señaléis un solo ejemplo de vulgaridad, ó de envidia, ó de presunción. Hombres y mujeres, todos, que yo sepa, son de porte modesto, de elegantes modales, de intachable vida y de honrada conducta, tanto entre sí como respecto del mundo. Quizá no es imposible que por acaso oigan Vds. á un literato hablar mal de su hermano. Pero ¿por qué? ¿Por malicia? Ni por pienso. ¿Por envidia? De ninguna manera. Pura y simplemente por amor á la verdad y por deber público. Suponed, v. gr., que yo, con la mejor buena fe, señalo un defecto en la persona de mi amigo Mr. Punch, y

(1) *Snob*, voz de jerga intraductible con que se designa al hombre «que admira bajamente cosas bajas».

que digo que Mr. P... es jorobado, que su nariz y su barba son más ganchudas que la nariz y la barba de Apolo ó de Antinoo. ¿Significa eso que yo quiera mal á Mr. Punch? Ni por asomo. Es deber del crítico señalar los defectos lo mismo que los méritos, y cumple invariablemente su deber con la más completa sinceridad y la más perfecta dulzura. Siempre he admirado el sentimiento de la igualdad y de la fraternidad entre los autores como una de las más hermosas cualidades distintivas del gremio. Por lo mucho que nos apreciamos y nos respetamos los unos á los otros, por eso nos respeta tanto el mundo, por eso ocupamos tan excelente puesto en la sociedad, y por eso nos conducimos en él de una manera tan intachable. De tal predicamento goza la literatura en Inglaterra, que todos los años se destina una suma de unas mil doscientas libras esterlinas á pensionar á las personas de esa profesión. Es un gran honor para ellas, y también una prueba de que su posición es generalmente próspera y floreciente. Por lo común, son tan ricas y tan económicas, que apenas hace falta dinero para ayudarlas (1).»

No hay que llamarse á engaño. Para entender ese pasaje ha de tenerse presente que, en una sociedad aristocrática y mercantil, entregada al culto del dinero y á la adoración del rango, el talento pobre y plebeyo es tratado con arreglo á su condición pobre y plebeya (2). Lo que da más fuerza aún á esas ironías es su duración; las hay que se prolongan en el curso entero de una novela. Un francés no podría prolongar tanto tiempo el sarcasmo. Haría sus escapatorias á un

(1) *El Libro de los snobs*, pág. 201.

(2) «El talento y el genio pierden un venticinco por ciento de su valor al arribar á Inglaterra.» (Stendhal.)

lado ó á otro, cediendo á emociones diferentes; cambiaria de cara, y no conservaria una actitud tan fija, indicio de una animosidad tan decidida, tan calculada y tan amarga. Hay caracteres que Thackeray desarrolla durante tres volúmenes—como Blanca Amory, Rebeca Sharp—y de los cuales no habla nunca sin insultarlos; las dos son dos bribonas, y jamás las presenta sin colmarlas de requiebros: ¡La querida Rebeca! ¡La tierna Blanca! La tierna Blanca es una muchacha sentimental y literata, obligada á vivir con parientes que no la comprenden. Sufre de tal manera, que los ridiculiza sin empacho delante de todo el mundo; se ve tan oprimida por la sandez de su madre y de su padre político, que no pierde ocasión de refregarles su estupidez. ¿Puede hacer otra cosa en conciencia? ¿No sería falta de sinceridad afectar una alegría que no siente, ó un respeto que no puede sentir? Se comprende que la pobre muchacha tenga sed de simpatía; al dejar las muñecas, aquel corazón amante empieza por prendarse de Trenmor, de Stenio, del príncipe Djalma y otros héroes de los novelistas franceses. ¡Ay! El mundo imaginario no basta á las almas heridas, y el deseo del ideal se rebaja al fin, para saciarse, hasta los seres de la tierra. A los once años la señorita Blanca sintió inclinación hacia un saboyanito que tocaba el organillo en París, y á quien creyó un joven príncipe robado; á los doce años agitó su virginal corazón un maestro de dibujo, viejo y horrible; en el colegio de madama de Caramel se carteó con dos jóvenes alumnos del colegio Carlomagno. Tierna alma abandonada, sus delicados pies se han herido ya en los senderos de la vida; día por día se deshojan sus ilusiones, é inútil es que las consigne en versos en un librito forrado de terciopelo azul con broche de oro: titulado: *Mis lágrimas*

*mas* ¿Qué hacer en tal aislamiento? Se entusiasma por las jóvenes que conoce; siente á su vista una atracción magnética; se hace su hermana, sin perjuicio de dejarlas á un lado mañana, como un vestido viejo: no mandamos en nuestros sentimientos, y nada más hermoso que la naturalidad. Por lo demás, como la amable niña posee mucho gusto, viva imaginación y una inclinación poética por el cambio, tiene afanada á su doncella Pincott día y noche. Como persona delicada, verdadera *dilettante* de lo bello, la riñe por tener turbia la mirada y pálido el semblante. Luego, para animarla, la dice con sus miramientos habituales y su franqueza de siempre: «Pincott, yo la despediría á V., porque está V. demasiado débil, y le falta la vista, y siempre anda gimiendo y llorando y llamando al médico; pero sé que sus padres necesitan de su salario; y la tengo á V. por consideración á ellos.—Pincott, me dan jaqueca esa facha de miseria y esos modales tan serviles que tiene V. Acabaré por hacer que la pongan á V. colorete.—Pincott, sus padres de V. se mueren de hambre; pero si me tira á V. así de los pelos, será cosa de que les escriba diciéndoles que no necesito los servicios de V.» Esa simplona de Pincott no aprecia su suerte. ¿Cabe estar triste, cuando se sirve á un ser tan superior como la señorita Blanca? ¡Qué gozo suministrarla asuntos de estilo! Porque, hay que confesarlo, la señorita Blanca no se ha desdeñado de escribir una deliciosa composición en verso sobre la criadita arrancada al paterno hogar, «triste desterrada en extranjera tierra.» ¡Ay! El acontecimiento más insignificante basta para herir ese corazón demasiado sensible. A la menor emoción, corren sus lágrimas y se estremecen sus sentimientos como delicada mariposa que aplastamos con sólo tocarla. Vedla pasar,

aérea, con los ojos dirigidos al cielo, con una débil sonrisa posada en sus labios sonrosados, conmovedora sílfide, tan consoladora para cuantos la rodean que todos desean verla en el fondo de un pozo.

La ironía sería, cuando se eleva un grado, produce la caricatura sería. Aquí, como antes, el autor defiende la causa del prójimo, con la sola diferencia de que la defiende con demasiado ardimiento: es insulto sobre insulto. Thackeray menudea ese insulto. Algunos de sus personajes grotescos son enormes; por ejemplo: M. Alcides de Mirobolan, cocinero francés, artista en salsas, que declara su pasión á la señorita Blanca por medio de tartas simbólicas, y se cree un *gentleman*; la señora mariscala O'Dowd, especie de granadero con cofia, la más pomposa y parlanchina de las irlandesas, embebida en gobernar el regimiento y en casar á los solteros, quieras que no quieras; miss Briggs, dueña quintañona, nacida para devorar afrentas, enjaretar frases y derramar lágrimas; el Doctor, que prueba á sus alumnos, malos latinistas, que la costumbre de los barbarismos conduce al cadalso. Esas deformidades calculadas no excitan más que una risa triste. Siempre se trasluce al través de la carátula del personaje la expresión sardónica del pintor, y se viene á parar en la idea de la bajeza y de la estupidez del género humano. Hay otras figuras que, aunque menos exageradas, no son más naturales. Se ve que el autor las precipita expresamente en necedades visibles y en contradicciones manifiestas. Tal es miss Crawley, solterona inmoral y librepensadora, que alaba los matrimonios desproporcionados, y tiene un ataque de convulsiones cuando, á la página siguiente, contrae uno así su sobrino; que llama á Rebeca su igual, y en el mismo momento la pide que lleve las tenazas; que,

al saber la partida de su favorita, exclama con desesperación: «¡Santo cielo!, y ahora ¿quién me va á hacer el chocolate?» Son escenas de comedia, y no pinturas de costumbres. Hay una porción semejantes. Veis á una excelente tía, mistress Hoggarthy, imponerse en la casa de su sobrino Titmarsh, precipitarle en grandes gastos, perseguir á su mujer, echar á sus amigos, acibarar su matrimonio. El pobre diablo arruinado es reducido á prisión. Ella le denuncia á los acreedores con una indignación verdadera y le hunde con la mejor fe del mundo. El miserable ha sido el verdugo de su tía. El la sacó de su casa; él la tiranizó; él la robó, y su mujer la ultrajó. Ella ha visto prodigar la manteca como agua, derrochar el carbón, despilfarrar las velas. «¡Y ahora, encarcelado como está V., y precisamente por sus crímenes, tiene el atrevimiento de suplicarme que pague sus deudas! No, señor; ya es bastante que su madre viva á costa de su parroquia, y que su mujer de V. vaya á barrer las calles: Por lo que hace á mí, estoy al abrigo de sus perfidias de V. El ajuar de la casa es mío, y puesto que V. quiere que su señora mujer duerma en el arroyo, le prevengo que mañana me llevaré los muebles. Mr. Smithers le dirá que yo estaba decidida á dejarle á V. toda mi fortuna. Esta mañana, en su presencia, he roto solemnemente mi testamento, y en esta carta renuncio á toda relación con V. y con su familia de mendigos. Abrigué una víbora en mi seno, y me ha picado.» Esa mujer justa y compasiva encuentra su igual, un hombre piadoso, John Brough, *esquire*, miembro del parlamento, «director de la Compañía independiente de seguros contra incendios y sobre la vida, del Diddlessex oriental.» Ese virtuoso cristiano husmea de lejos el apetitoso olor de sus tierras, casas,

capitales y otros valores muebles é inmuebles. Corre tras la bonita fortuna de mistress Hoggarthy, afligido de ver que apenas da cuatro por ciento á mistress Hoggarthy, y decidido á doblar las rentas de mistress Hoggarthy. La encuentra en el hotel con la cara hinchada. (Toda la noche se la habían estado comiendo las pulgas.) «¡Santo cielo! (exclama John Brough, *esquire*). ¡Una señora de su alcurnia de V. sufrir semejante cosa! ¡La excelente parienta de mi querido amigo Titmarsh! No se dirá nunca que mistress Hoggarthy puede verse expuesta á tan horrible humillación, mientras John Brough tenga una casa que ofrecerla, una casa humilde, feliz, cristiana, señora, aunque acaso inferior al esplendor de aquellas á que ha estado V. acostumbrada en su ilustre vida. ¡Isabel, amor mio! ¡Belinda! Hablad á mistress Hoggarthy. Decidla que la casa de John Brough es suya, desde el desván hasta el sótano. Lo repito, señora: desde el sótano hasta el desván. Deseo, suplico, ordeno que se lleve ahora mismo á mi coche el equipaje de mistress Hoggarthy.» Este estilo hace reir, si se quiere, pero tristemente. Se acaba de saber que el hombre es hipócrita, injusto, tiránico. Se vuelve uno, afligido, hacia el autor, y no ve en sus labios más que sarcasmos, ni en su frente más que pena.

## IV

Escudriñemos bien; quizá en asuntos menos graves encontremos alguna ocasión de franca risa. Consideremos, no ya una infamia, sino un percance: una infamia subleva; un percance puede divertir. Nada de eso. Hasta en un pasatiempo conserva aquí la sátira su fuerza, porque conserva la reflexión su intensidad. Hay en la gracia inglesa una seriedad, un esfuerzo, una aplicación asombrosa, y los dilates cómicos se componen con tanto estudio como los sermones. El poder de la atención descomponen el objeto en todas sus partes, y le reproduce con una minuciosidad y un relieve que producen verdadera ilusión. Swift describe el país de los caballos parlantes, la política de Lilliput, los inventores de la Isla Volante, con pormenores tan precisos y congruentes como un viajero experto, explorador exacto de las costumbres y del país. Así sostenidos, lo monstruoso y lo extravagante entran en la vida real, y el fantasma de la imaginación adquiere la consistencia de los objetos que tocamos. Thackeray aplica á la farsa esa gravedad imperturbable, esa solidez de concepción y ese arte de ilusionar.—Ved una de sus tesis morales: quiere probar que en el mundo hay que amoldarse á los usos corrientes, y transforma ese lugar común en una anécdota oriental. Notad los detalles de costumbres, de geografía, de cronología y de cocina, la designación